



Estrategias renovadas para *familias diferentes*

Pedro Caurín Lozano

Introducción

Atrás quedaron los tiempos en que las cosas eran sencillas, estáticas, monolíticas; existía un pensamiento único, lineal, causal y las formas eran rígidas y autoritarias.

De forma vertiginosa, en un corto espacio de tiempo, hemos pasado a vivir en un mundo cuyas señas de identidad son **la globalidad, la individualización, la complejidad, la diversidad, la multiculturalidad, el dinamismo, los cambios rápidos y las formas abiertas y democráticas.**

Conflicto y cambio aparecen como un binomio inseparable. *No hay nada permanente excepto el cambio*, decía el filósofo griego Heráclito.

Ante este hecho inevitable y consustancial a la vida, lo más importante va a ser nuestra respuesta a los cambios, a los conflictos; nuestra capacidad de adaptación, de flexibilidad, de creatividad y de transformación para ver en ellos una oportunidad de mejora o, al menos, evitar que esos cambios o conflictos afecten de una forma negativa a nuestras vidas.

El consumo de drogas es algo que ha venido asociado a la vida del hombre, que ha formado parte de la cultura de la humanidad y que también ha ido evolucionado de unos usos medicinales, rituales, espirituales, culturales y con pautas de consumo más puntuales y colectivas; a, en nuestros días, unos usos más recreativos, asociados al ocio, a la experimentación, búsqueda de sensaciones, etc. y con un carácter más cotidiano, compulsivo e individualista. En cualquier caso, las drogas siempre han estado presentes y parece que nos van a seguir acompañando y cubriendo determinados papeles y funciones en una sociedad cada vez más competitiva, individualista y estresada, que busca soluciones rápidas, analgésicas, evasivas y placenteras. ¿Algo inevitable y consustancial a la vida humana, como el conflicto?,

¿Es el precio que tenemos que pagar por este modelo de vida que hemos elegido?

Lo que sí parece evitable es reducir el impacto de las consecuencias negativas de un consumo abusivo y, lo que sería más eficaz, llegar a reducir el número de personas que puedan tener un uso problemático de las drogas, adoptando estrategias preventivas globales e integrales que supongan un cambio de paradigma y un enfoque más positivo y comunitario.



La familia, aparece como uno de los agentes activos más eficaces en la prevención. En esta nueva realidad social que se ha hecho cada vez más dura y compleja y menos gratificante para el individuo; en la esfera privada la familia aparece para aportar un refugio seguro, cálido, íntimo frente a un ambiente exterior hostil, superficial, individualista y poco solidario.

En esta búsqueda de nuevos paradigmas y enfoques teóricos que aporten nuevas estrategias, quiero introducir **el enfoque de la Transformación de Conflictos y de la Mediación**, como un modelo que viene a sumar, a complementar y enriquecer otros modelos y estrategias que ya vienen funcionando en la prevención familiar y que cuentan con reconocimiento y valoración.

Cambios en las familias

En las últimas tres décadas se han venido desarrollando en la sociedad una serie de transformaciones significativas que afectan a todos los ámbitos de la vida. Las repercusiones en la familia, como contexto microsociedad, han sido de gran calado, provocando unos cambios que han afectado a su estructura, roles, valores y relaciones.

Al ser un sistema abierto, influenciado, que **interactúa con otros subsistemas** que conforman el sistema social, también los cambios producidos en el interior de la familia han influido en los otros sistemas. Las interacciones no han sido unilaterales o causales, sino que se ha dado una **retroalimentación**; también la familia, con sus cambios, ha provocado una escalada de cambios culturales, políticos, económicos y sociales.

La diversidad de proyectos familiares es tal, que ya no podemos hablar de la familia, sino que es más preciso que hablemos de **las familias**. Estructuras familiares que responden a un abanico de tipologías diferenciadas y formas de relación muy diferentes al modelo tradicional jerarquizado, adoptando una mayor democratización. (Elzo, 2002)

Estos cambios han llevado a algunos a profetizar el fin de la familia, a otros a la percepción negativa de que la familia estaba en crisis o tenía problemas y a otros, entre los que me incluyo, partiendo de un enfoque más positivo y transformador, a contemplarlos como adaptativos a la nueva realidad social y con efectos beneficiosos para la propia familia y la sociedad. Una evidencia aceptada: que la familia está en un permanente proceso de cambio. (Aguinaga, 2003 – Elzo, 2002 - Castells, 1998).

La familia se sigue manifestando como un organismo vivo y **dinámico** que, una vez más, no deja de sorprendernos por su gran capacidad de supervivencia y **adaptación**. Es cierto que la dimensión e intensidad del impacto ha sido muy fuerte, sobretodo porque se ha producido en un espacio de tiempo muy breve. Es justo reconocer y valorar su protagonismo y trascendencia social en estos momentos históricos de grandes cambios y el gran esfuerzo de adaptación por sobrevivir y seguir cumpliendo su misión en la sociedad: **socialización y protección de sus miembros**.



Diversos estudios señalan que tanto los adultos como los jóvenes españoles la ponen en un primer lugar en la lista de valores.

La familia aparece por un lado como el espacio a proteger y por otro como la garantía de protección (Megias, 2001)

Independientemente de la composición, estructura familiar, modelo organizativo etc., todas las familias experimentan dificultades y tienen **conflictos**, pero la diferencia significativa está en cómo los afrontan, en sus **respuestas funcionales y adaptativas** o en sus respuestas agresivas, evasivas o de delegación de funciones. Es en este punto donde se perciben las diferencias de unas tipologías de familias y otras, en contar con más o menos recursos internos o externos, estrategias y capacidades para salir airoso de las situaciones de estrés interno, por las presiones de sus miembros en busca de autonomía, y por las presiones externas de responsabilidad social y adaptación. Ciertamente las familias tienen que hacer muchas veces encaje de bolillos y no todas cuentan con las habilidades, la destreza y paciencia que este arte precisa.

Diversos modelos teóricos han intentado explicar el funcionamiento familiar y su influencia negativa o preventiva como **factor de riesgo o de prevención** en el consumo de drogas o conductas de riesgo: El modelo Ecológico de Bronfenbrenner, el modelo de bienestar psicosocial de Lin y Ensel, el modelo circunplejo de Olson, el modelo de estrés familiar de McCubbin y Thompson, etc. Un modelo que contiene e integra características de esos modelos es el **Modelo de Evaluación Familiar en la Adolescencia** (Musitu y al. 2001). Diferencia cuatro tipos de familias teniendo en cuenta los recursos familiares de que disponen y que se fundamentan en dos variables interrelacionadas: **el funcionamiento** (compuesto por la vinculación y la flexibilidad) y **la comunicación** (abierta o problemática). De la combinación de estas variables salen cuatro tipologías familiares: **1. Familias altas en recursos familiares** (funcionamiento y comunicación familiar altamente satisfactorios). **2. Familia media en recursos I** (Escasa adaptabilidad y cohesión familiar, aunque con una comunicación efectiva y no problemática). **3. Familia media en recursos II** (Adaptabilidad y cohesión buena, pero comunicación problemática). **4. Familia baja en recursos** (Baja adaptabilidad y cohesión familiar y comunicación problemática). La comunicación se convierte en el elemento central y vehicular para facilitar el ajuste familiar y posibilitar la transformación de las situaciones estresantes, o por el contrario escalar y convertirse en un problema para el propio sistema y con consecuencias para los hijos adolescentes en conductas de riesgo o problemáticas: consumo de drogas, conductas delictivas.

Según el modelo anterior, un clima familiar conflictivo y unas pobres relaciones familiares; escaso apoyo y baja cohesión o vinculación; rechazo y deficiente comunicación percibidas en el ámbito familiar son predictores de consumo de tabaco, alcohol y hachís en los hijos.

Por el contrario, **una buena comunicación familiar aumentará su cohesión, vinculación afectiva y su capacidad de adaptación**. Factores todos ellos que contribuyen a crear un buen funcio-



namiento familiar y que hace que todos sus miembros consigan una buena satisfacción. En este sentido el sistema familiar actúa como un gran agente protector.

También otros estudios y autores han constatado que la calidez y apoyo parental contribuye a unas relaciones más satisfactorias fuera de la familia, ya que lo anterior facilita o dificulta el adecuado aprendizaje en habilidades sociales y en valores.

Otros dos elementos importantes a la hora de analizar las dinámicas familiares son el tema del **control familiar y el de la participación** de los padres. La pérdida de control puede ser vista como una descalificación de los padres, o puede originar una laguna educacional, lo que algunos autores llaman «*síndrome de la pérdida de autoridad*» (Mendes, F. J.).

En las familias donde la comunicación es mala y el grado de conflictividad entre padres e hijos es elevado, correspondería con la tipología de **familia conflictiva** (Megias y al. 2002), los padres se sienten desbordados y tienden a dar respuestas rígidas, agresivas o a delegar su responsabilidad educativa en otras instituciones o profesionales.

Por otra parte, uno de los mayores problemas que tienen los programas preventivos familiares es la escasa participación de los padres, y de forma especial la de los padres de esta tipología anterior, que se supone que es la que más lo necesita o se considera de más riesgo.

De ahí que nos tengamos que hacer algunas preguntas:

¿Cómo pueden ser los padres copartícipes y agentes preventivos?, ¿Cómo fomentar la participación de los padres en los programas preventivos?

¿Cómo llegar a acceder a aquellas familias con mayores riesgos de consumo de los hijos?

El fortalecimiento de la familia, la recuperación de la confianza en las propias capacidades familiares para decidir por sí misma, en vez de delegar en los otros para que le solucionen los problemas, es un elemento esencial para **el ajuste emocional interno de la familia** y se convierte en un gran factor protector en la prevención.

Para Powell (1990) el empoderamiento representa el proceso a través del cual los individuos, grupos y comunidades llegan a tener la capacidad de controlar sus circunstancias vitales y alcanzar sus propios objetivos luchando por la maximización de la calidad de sus vidas.

El elemento fundamental para comprender la potenciación se encuentra en **el proceso** (Musitu, 1994 en Buelga, 2007). Un individuo o un colectivo como la familia no se potencian solamente con la adquisición de un mayor control sobre su ambiente. La potenciación es consecuencia de las diversas interacciones que realiza con el ambiente.



Cambios en las estrategias de prevención

Aunque es cierto que todos estamos de acuerdo en el principio de que *más vale prevenir que curar*, donde hay diferencias y desacuerdos es en cómo entendemos la prevención, qué modelo teórico la sustenta y cómo la llevamos a cabo.

Tenemos necesidad de asumir un nuevo concepto de prevención que supere los viejos modelos de estilo monocausal, individualistas y reduccionistas en torno a una causa o factor.

Relato a continuación, muy de pasada, algunos de los rasgos más característicos de la evolución de los modelos preventivos y los cambios paradigmáticos asumidos.

A diferencia del pasado donde los modelos explicativos eran fundamentalmente simples y de pocas variables, **la complejidad** es lo característico de los nuevos modelos, porque también nuestra sociedad es compleja y diversa.

Afortunadamente el concepto de prevención ha evolucionado desde un paradigma reactivo a un paradigma **proactivo**, en la medida en que se han ido conociendo las diferentes causas de la drogadicción y se ha adoptado un modelo conceptual **multidimensional y sistémico**.

Se ha pasado de una concepción causal y lineal a otra **multicausal y circular**.

De modelos centrados en la sustancia, en la droga, a un enfoque más **global y sistémico** de interacciones y relaciones entre el sujeto, la familia y los contextos sociales.

De la evitación de un mal, la drogadicción, a la promoción de un bien, la salud, el bienestar social, es decir, de un enfoque negativo e individualista a un **enfoque positivo y de desarrollo comunitario**. En este cambio ha sido decisiva la influencia de la Psicología Positiva (Seligman y Csikszentmihalyi, 1998), que no se centra sólo en lo patológico y en buscar remedio cuando los problemas ya se han presentado, sino que se orienta a comprender y facilitar las fortalezas y recursos, no tanto para remediar lo disfuncional, sino para potenciar el bienestar y el desarrollo humano.

El enfoque ha ido también variando de estar dirigido a las causas y factores de riesgo, a **potenciar más los factores de protección y de desarrollo**.

A partir de la idea consensuada de que el consumo de drogas es multicausal, se empieza a asumir que las estrategias tienen que ser **globales** y que para lograr una eficacia mayor hay que aplicar programas multicomponentes, relacionados con los individuos, la familia, la escuela, los medios de comunicación (Becoña, 2003)

Estos programas deben ser **integrales, sistémicos, de larga duración** porque para cambiar esti-



los de vida saludables, habilidades sociales, etc. Se necesitan periodos de tiempo más amplios para desarrollarse (García y López, 1998).

La prevención implica revisar el rol de los procesos socializadores: familia, escuela y comunidad.

Una vez superados viejos enfoques y paradigmas en la prevención universal y haber adoptado otros modelos teóricos, tenemos necesidad de adoptar programas de prevención familiar que respondan a la necesidad de **reforzar a las familias**, hacerlas copartícipes de la prevención. Es conveniente y necesario promover la participación de las familias dentro de la intervención comunitaria, no tanto en la línea de trabajar para la comunidad, sino con la comunidad.

Entender la prevención como un proceso educativo que pone su acento en la formación para la vida, en la mejora de la convivencia y en la participación social.

Los fines de la prevención no justifican los medios empleados. ¿Todo vale? Los medios empleados son los que determinan las finalidades que pretendemos. ¿Existen otras maneras, otros paradigmas diferentes que nos ayuden a tener otra lectura y comprensión del fenómeno de las drogas y su prevención?

El enfoque de la Transformación de Conflictos y de la Mediación:

Si queremos ser eficaces en la prevención se necesita una transformación cultural. Venimos de la cultura de la represión, del miedo, de la intolerancia, del enfrentamiento, de la polarización, de ganadores y perdedores, de la delegación, de la culpabilización, de fijarnos en los aspectos negativos, etc. Necesitamos reorientar nuestra mirada y nuestras acciones en busca de las potencialidades de las personas, de la familia y de la comunidad; desde una cultura más tolerante, dialogante, responsable, cooperativa y participativa.

El objetivo de introducir estos enfoques es el de poder aportar otra lectura de la realidad. Partiendo de que el consumo de drogas es multicausal y genera un conflicto social, es conveniente una visión multidisciplinar para obtener una mayor comprensión del fenómeno y de su prevención. Poder beneficiarnos de los procesos de Transformación de Conflictos y de la cultura de la Mediación como sistemas válidos y eficaces de solventar problemas que afectan a nuestra vida social o a los miembros de un microsistema como la familia en especial.

El modelo de La Transformación de Conflictos (TC) es un enfoque abierto, transversal, compilador de conocimientos de otras disciplinas y sistemas de intervención, que aporta una mirada siempre positiva, constructiva, y profundamente respetuosa de la integridad y dignidad humanas.

«La transformación de conflictos es diferente de la gestión o resolución de conflictos. Transformar un conflicto significa trabajar sistemáticamente para cambiar las asuncio-



nes, creencias y percepciones de las partes en conflicto, así como abrir las partes a soluciones creativas y a nuevos comportamientos. Transformar un conflicto es ocuparse de las necesidades y de los aspectos de la relación expresados en la situación conflictual...»
(Diamond, L. en Farré, 2004. pp. 232-233).

La Transformación de Conflictos es una concepción **holística** que no intenta erradicar los conflictos, puesto que asume que son inevitables. Se centra en la interdependencia entre las personas que los viven e incide en su proceso fortaleciendo a los participantes y generando aprendizajes. (Lederach, 2000)

Y uno de los primeros aprendizajes que se da en mediación es que en la medida que comprendemos un conflicto empezamos a cambiar la percepción. Nuestras percepciones sobre las drogas, sobre la prevención, sobre la familia, van a condicionar una serie de actitudes y estrategias a la hora de abordar la prevención familiar.

Es un enfoque centrado más en lo **positivo**, en las **capacidades** personales y grupales, y no tanto en lo negativo, en el riesgo, en lo sintomático, lo patológico o problemático.

Aunque no voy a profundizar en este momento, tan sólo señalar que en esta misma dirección apunta el enfoque de **la resiliencia**, que nos invita a pensar en positivo, pensar en lo que tienen aquellas personas que pueden salir adelante, en su contexto, de manera exitosa (Puig y Rubio, 2009). El enfoque de la resiliencia familiar también nos puede servir para evaluar el funcionamiento de la familia teniendo en cuenta su estructura, sus demandas psicosociales, sus recursos y limitaciones. Algunos programas preventivos se han dirigido a incrementar la resiliencia familiar en familias con problemas con el objetivo de mejorar sus capacidades personales para solucionar sus problemas y recuperar el control de sus vidas. Es un nuevo enfoque que también nos puede ser de gran utilidad a la hora de aportar estrategias de prevención desde un nuevo marco conceptual con un claro enfoque positivo.

Una perspectiva que comparte con la Mediación, que busca la recuperación de las capacidades de las personas para resolver, por sí mismas sus conflictos (Vinyamata, 2006).

La utilidad de introducir el enfoque de la mediación en la prevención familiar es doble:

1. Recoger las aportaciones teóricas de la cultura de la Mediación y 2. Beneficiarse de la mediación familiar como técnica de intervención.

1. En primer lugar beneficiarse de los elementos significativos de la filosofía y la cultura de la mediación y del paradigma de la transformación de conflictos para tener otro enfoque y otra lectura complementaria, sumatoria e integradora.

La mediación, como filosofía y como cultura, desarrolla competencias culturales y promueve acti-



tudes de apertura hacia otras maneras de entender la existencia. Reconoce y legitima las diferencias y las convierte en una oportunidad de cambio, de mejora, de crecimiento personal y social.

2. Por otra parte, integrar la mediación como técnica y modelo eficaz de afrontar los conflictos en los diversos ámbitos de la vida; pero de forma especial en el familiar para mediar en los conflictos de la pareja; sobre todo en procesos de separación y divorcio, minimizando el impacto negativo en los progenitores y en la relación con los hijos. También introducirla para transformar los conflictos entre padres e hijos, en especial durante el periodo de la adolescencia, momento crítico del ciclo evolutivo de las familias y momento de inicio en el consumo de drogas de muchos jóvenes.

Tener la posibilidad de intervenir en estos dos momentos, a través de un instrumento como la mediación, puede contribuir beneficiosamente a reestructurar el sistema familiar; reforzar la cohesión y el vínculo familiar y en ambos casos a mejorar la relación y la comunicación; tanto entre los cónyuges como entre los padres y los hijos y el consiguiente efecto preventivo que tiene en la prevención de drogodependencias el fortalecer estos factores de protección.

Aunque he desarrollado un proyecto de Mediación Familiar con Adolescentes (*Medi@*) y me apasiona el tema, continuaré esta reflexión profundizando tan sólo en las aportaciones de la cultura de la mediación y dejando para otra ocasión las aportaciones de la mediación como técnica de intervención.

La mediación promueve una **visión circular** y global de los problemas, de las personas y del propio proceso, superando las visiones lineales, causales o culpabilizadoras. Rompe con el pensamiento pesimista y conformista de que no hay nada que hacer.

La lógica de la mediación es **ternaria**, supera la dicotomía, lo binario, y en ese sentido es más abierta, plural, flexible. El escenario es tridimensional, con múltiples caras, ángulos y perspectivas diferentes. El conflicto se interpreta desde el cambio, desde la vida, y la vida es polifacética y fugaz (Boqué, 2002)

Estamos acostumbrados a vivir en una cultura donde predomina una mentalidad binaria, dual, que genera polarización y enfrentamiento por querer imponer cada uno su visión.

Los planteamientos, como la mediación, que ayudan a romper la dualidad suelen promover, por sí mismos, alternativas, terceras vías que facilitan una comprensión más **tridimensional, integral** de los fenómenos y que no generan enfrentamiento, sino que facilitan la comprensión y la cooperación.

Algunos rasgos de este planteamiento terciario:

- Se admiten diferentes opciones, se procura establecer cooperación multilateral. **Son integra-
dores e incluyentes.**



- Se buscan soluciones conjuntas, se procura que sean beneficiosas para todos.
- La persona, su contexto y los problemas no pueden ser separados y las soluciones deben actuar favorable y positivamente y estar dirigidas a las personas protagonistas y a los entornos sociales que los facilitan.

Análisis de algunos elementos presentes en los conflictos y en el tema de las drogas:

La percepción del conflicto. Un planteamiento binario del conflicto nos lleva a que unos, desde una percepción negativa, vean los conflictos y las drogas como algo siempre negativo y condenable, por lo que se deben evitar a toda costa y se deben reprimir, al igual que las drogas. Otros, también desde un enfoque binario, pero con una percepción positiva, plantean que los conflictos y las drogas son buenos, porque significan una oportunidad de cambio, de mejora y las drogas una oportunidad para experimentar placer, para relacionarse.

Un planteamiento terciario, desde el esquema de la T.C. y desde una percepción serena, supone entender que los consumos, al igual que los conflictos, pueden ser negativos o positivos, todo dependerá de nuestras respuestas; si son violentas o cooperativas en el caso de los conflictos o si son adictivos o experimentales; también de los resultados, si benefician o perjudican a las personas y mejoran las relaciones en los conflictos y en el caso de las drogas si tienen un uso medicinal, experimental o socializador o por el contrario un abuso problemático, perjudicial para la persona en su integridad y para sus contextos relacionales.

También sería irresponsable pensar que no pasa nada por consumir, que las cosas se solucionarán fácilmente más tarde y que no habrá costes individuales y colectivos.

La mejor estrategia, como en los conflictos, es intervenir tempranamente (prevenir) para que el conflicto no escale, estalle o se enquisté; lo que equivaldría en la prevención de drogas a que no se convierta en una adicción y se cronifique, generando mayores consecuencias negativas, tanto individuales y sociales.

Las respuestas claramente ineficaces en ambos casos son la evitación y la pasividad; las respuestas de afrontamiento, y en especial las de **cooperación** se presentan como las más eficaces, porque no sólo resuelven el problema, sino que mejoran la comunicación y las relaciones.

El poder y el miedo. Están presentes en todos los conflictos, cuando se produce un desequilibrio, una **asimetría** entre la inseguridad de una persona y el poder de la otra parte; si las partes no la resuelven a través del diálogo para reequilibrar el poder y la seguridad de ambos, surge el conflicto. También la falta de recursos materiales y psicológicos produce asimetría y desequilibrio social. Partiendo de que no es posible el cambio sin poder; el objetivo de cualquier acción educativa y preventiva es que la persona, los padres, las familias recuperen poder, confianza en ellos mismos.



El miedo actúa como mecanismo para detectar o evitar situaciones de peligro en el caso de los conflictos, equivaldría en el tema de las drogas al concepto de **percepción de riesgo** en la prevención del consumo de drogas. Está comprobado que a mayor percepción de riesgo menor consumo. Por eso, muchas políticas y estrategias preventivas van dirigidas a dicho aumento.

También los cambios pueden generar estrés, tensión y miedo. Algunos los afrontarán de forma positiva y constructiva y otras personas utilizarán las drogas para «afrontarlos» o evitar el malestar.

En este sentido, el enfoque de la mediación es uno de los objetivos que pretende, que las personas se **empoderen**, recuperen su dignidad y confianza para resolver por sí mismas sus problemas.

El proceso. Todo conflicto tiene una historia conflictual; puede haber un proceso latente, oculto, hasta que en un momento dado estalla y se hace visible; también el uso problemático de drogas no es algo que explota de inmediato; en los primeros momentos es poco visible, asintomático y pasa desapercibido; se normaliza, parece estar controlado, hasta que aparecen síntomas físicos, psíquicos, familiares, económicos, laborales o judiciales que hacen manifiesto un deterioro en el proceso de adicción.

Podemos evitar que el conflicto escale haciendo una desescalada y rebajando el nivel de intensidad, al igual que en una adicción, haciendo un proceso de deshabituación y una terapia de rehabilitación.

Respuestas al conflicto. Ya hemos visto antes que nuestras respuestas al conflicto estaban condicionadas inicialmente por nuestras **percepciones** sobre el mismo o sobre las drogas.

Podemos dar respuestas cuyo centro de atención esté focalizado en la drogas, en el consumo, en los problemas o, mejor todavía, buscar respuestas orientadas a la solución y planteamientos que pasen a plantear objetivos comunes estimulantes y centrados en las personas, en la familia, en la comunidad y en la mejora de la calidad de vida.

Los cambios de entorno y perspectiva facilitan los cambios de percepción de las cosas y a su vez éstas promueven actitudes que generan comportamientos diferentes a los de las situaciones anteriores.

El enfoque de la mediación como estrategia metodológica de prevención familiar.

La mediación se interesa por el hecho de que las relaciones y la comunicación entre las personas sean lo mejor posibles y, en consecuencia, generen más satisfacción y mejoren el nivel de bienestar.

Los conflictos se interpretan como situaciones con un importante potencial para el fortalecimiento o **empowerment** humano, desde el momento que se fomenta el respeto, la confianza y la seguridad en sí mismo, al tiempo que se alejan de la deshumanización y la adversariedad.

Se ampara en una visión constructiva de las oportunidades concurrentes en cualquier situación conflictiva y a la vez en la esperanza con respecto a las capacidades de los seres humanos para liderar responsablemente su existencia (Boqué, 2004).



Elementos importantes de esta metodología aplicados a la prevención familiar:

Enfoque sistémico. Se concibe el fenómeno conflictual y la familia como un todo complejo, en el que operan distintos subsistemas y en el que existen elementos en constante interconexión dinámica. Es un enfoque inclusivo, del que posteriormente cabe excluir elementos no relevantes.

Proactivo. Basado en el principio de prevención o **prevención**, concepto más amplio propuesto por John Burton (Farré, 2004) y en la capacidad de transformación de las personas y de sus ámbitos de convivencia (familia, escuela, comunidad...). Implica un autoexamen sistémico constante de la relación interpersonal o del espacio de convivencia; con el fin de prevenir y evitar los efectos negativos de los conflictos; así como de transformar positivamente aquellos que ya hayan surgido. De tal forma que, la organización proactiva no aguarda a que estalle un conflicto profundo para actuar.

Transformativo/Socioafectivo. (Farré, 2004): Es un enfoque pedagógico que se basa en la experimentación directa para el aprendizaje. A partir de la experimentación en propia piel (mediante una dramatización, un juego de rol, por ejemplo) cada participante expone al resto del grupo su experiencia. Esta suma de experiencias contribuye a un enriquecimiento personal, un cambio de percepción y lo que es más importante, promueve transformaciones positivas personales y del entorno respecto de la percepción previa sobre dicho fenómeno. Contrasta con el enfoque más convencional basado en la trasmisión abstracta de contenidos teóricos.

El posibilitar que los padres participantes en la formación, experimenten directamente, mediante ejercicios y situaciones lo más cercanas posibles a la realidad, puede lograr un mejor aprendizaje e interiorización de los contenidos y, lo que es más importante, se genera un contexto de relación más horizontal, humanizada y cercana que posibilita el crear vínculos afectivos con los otros.

El desarrollo del afecto genera empatía, sinergia, colaboración y llevará a alcanzar unos resultados altamente positivos. Está demostrado que los cambios en las actitudes y en los valores se consiguen mejor desde un buen clima emocional. El afecto nos devuelve las capacidades de solucionar nuestros propios conflictos por nosotros mismos, nuestras capacidades de convivir y colaborar desde la diferencia, e incluso desde la controversia (Vinyamata, en Farré, 2004. p.12)

La participación. En mediación es un requisito imprescindible, se necesita no sólo su presencia, sino una **actitud cooperativa**. «*El protagonismo de las partes es otro de los objetivos de la mediación y es lo que la diferencia sustancialmente de otras formas de conducir las disputas...*» (Suarez, M, en Farré, 2004. p.121). Las personas, y no el mediador, son las verdaderas protagonistas del proceso. El mediador les ayuda para que se apropien de su conflicto, expresen sus intereses y necesidades y tomen las decisiones que les parezcan más apropiadas para sus vidas.

La participación de la familia en los programas de prevención implica que participe, no como receptora final pasiva, sino como **protagonista** en todo el proceso; desde el inicio en la planificación, la



ejecución y la evaluación. Esa participación activa les llevará a aumentar el sentimiento de **competencia y de control** personal y familiar.

El Empowerment. Es un concepto anglosajón que significa **fortalecimiento, potenciación** y contiene un componente proactivo, positivo y preventivo. Más allá de buscar una solución a los problemas, centrándose en los déficits o debilidades, se intenta buscar y movilizar los aspectos positivos. El fundamento **ecológico de la potenciación** consiste en estudiar la relación de los individuos en los contextos en los que se desarrollan, con la finalidad de crear entornos que les permitan desarrollar aquellas habilidades que les hagan poseedores del control de sus propios recursos y de mejorar su bienestar (Rappaport, 2005).

La potenciación no sólo se dirige al fortalecimiento psicológico, recuperar la autoestima, la confianza en uno mismo, sino también a la provisión de derechos y de opciones a los ciudadanos en sus diversos contextos de desarrollo.

Esto es muy importante y convendría tener en cuenta en la prevención, puesto que no se trataría sólo de dar información, de dotar de habilidades sociales, sino de ofertar otros recursos y dotaciones en equipamiento de servicios, actividades lúdicas, deportivas y de participación social.

El elemento fundamental para comprender la potenciación se encuentra en **el proceso** (Musitu, 1994). Una persona o un colectivo como la familia no se potencian únicamente con la adquisición de un mayor control sobre su ambiente, sino que la potenciación es consecuencia de las **interacciones** con el ambiente.

La potenciación se fundamenta en la creencia de que las personas tienen capacidad para dirigir sus propias vidas, sus familias y para involucrarse en la vida de la comunidad.

Los mediadores y formadores en prevención

En el campo de las actividades humanas resulta tanto o más importante el *cómo* que el *qué* y el dominio de unas técnicas no presupone su adecuación a las circunstancias concretas o que lleguen a impactar y producir cambios en el receptor. De tal forma que, lo verdaderamente diferencial no es tanto lo que hacemos, sino cómo lo hacemos.

Centrar la atención en el elemento humano y en su mejora apunta a objetivos algo más lejanos, más difíciles de reflejar en una estadística, pero que buscan el crecimiento personal durante el proceso de la intervención.

Establecer **relaciones cercanas, positivas y constructivas** es un valor en sí mismo.

Los mediadores de prevención trabajan *con* y no *para* la familia. No para resolverles el conflicto,



para darles información etc., sino que colaboran con ellos. Dejando claro que los protagonistas son siempre ellos, que el agente de prevención es la familia y que nosotros tan sólo somos mediadores, facilitadores de procesos.

Fomentar el lenguaje de la **responsabilidad y la cooperación** versus el de la culpa o la delegación.

El mediador, según el enfoque Socioafectivo, no sólo forma en el sentido convencional, sino que se convierte en un **dinamizador**. Gestionando la energía que aportan los participantes, la reformula y la reinvierte en el grupo, creando **sinergias** que resultan muy estimulantes para todos los implicados. Desde una actitud mediadora, el dinamizador otorga a cada participante un papel activo en el diseño, desarrollo y resultado del proceso de aprendizaje.

Este sería el objetivo fundamental de los profesionales de la prevención: potenciar el **fortalecimiento**, las posibilidades de que las personas, las familias, la comunidad ganen en **dominio y control** sobre sus propias vidas; con el fin último de promover y mejorar el **bienestar** personal y grupal.

El mediador en prevención no actúa como experto o consejero desde una posición unilateral, sino que se define más como un modelo de colaboración basado en una comunicación horizontal que facilita la creación de un clima de confianza y respeto mutuo, compartiendo con ellos la información que se va generando.

El tema del **lenguaje** es muy importante para Rappaport a la hora de describir los procesos de ayuda porque potencia la dependencia de las personas y crea una visión en la que las personas son clientes que precisan de una ayuda de naturaleza unidireccional; esto reduce la posibilidad de que las personas se ayuden entre sí, puesto que percibirán que son objeto de ayuda o que se les va a proporcionar servicios y recursos (Sánchez Vidal, 2007).

Se requieren respuestas más participativas de la familia en la prevención. Este enfoque requiere la **colaboración activa** de los participantes. Este no es el tipo de formación en el que se transmiten conocimientos a granel, a base de tomar notas, de proporcionar fotocopias y todo tipo de material.

El trato es directo y personalizado, un contacto horizontal; no como experto externo que viene a enseñar a los padres.

El aprendizaje se plantea desde el enriquecimiento mutuo, la participación de los otros, la autoayuda. Cooperación entre los diversos contextos para generar cohesión, coherencia, sumar sinergias, y en definitiva ser más cooperativos, solidarios y eficaces en la prevención.



Conclusiones

Tenemos que prestar más atención a las familias y encontrar colectivamente respuestas válidas a sus demandas y necesidades. El esfuerzo y la inversión merecen la pena porque la familia es un gran valor social en nuestra cultura.

Delinear programas preventivos que respondan a la necesidad de reforzar a las familias para hacerlas agentes activos de la prevención. Estos programas deben ser multidimensionales, integrales, sistémicos, comunitarios, con un enfoque positivo y de larga duración.

Con una gran capacidad de adaptación y flexibilidad para adaptarse a las nuevas necesidades planteadas y a los diversos contextos y tipologías familiares. Esto implica que no hay soluciones únicas, las respuestas dependen de cada caso, situación y contexto.

Para ser eficaces en nuestras acciones preventivas hay que abordarlas en los cuatro niveles: Fundamentación teórica, organización, aplicación y evaluación. Con una clara orientación a mejorar el presente y proyectarse hacia el futuro, en la búsqueda de alternativas y soluciones nuevas, creativas, constructivas y cooperativas.

La participación de la familia en los programas de prevención implica que participe, no como receptora final pasiva, sino como protagonista en todo el proceso; desde el inicio en la planificación, la ejecución y la evaluación. Esa participación activa les llevará a aumentar el sentimiento de competencia y de control personal y familiar, así como una mejora de su bienestar.

Incorporar redes de apoyo y procesos de autoayuda para que las familias manejen mejor sus situaciones vitales e interactúen; generando procesos de retroalimentación que aumenten la vinculación afectiva y la inclusión social.

Reivindicar finalmente, que los poderes públicos realicen una apuesta decidida por promover y desarrollar programas de mediación en los diversos ámbitos y programas de prevención comunitaria y familiar.

Desde la humildad y el respeto, como mediadores, no podemos cambiar el mundo, pero si podemos ayudar a la gente a que hable de un modo diferente (Diez y Tapia, 1999). La mediación contiene un gran potencial de transformación para los individuos, las familias y la sociedad.



Referencias bibliográficas

Aguinaga, J. (2004). «La difícil comunicación entre lo público y lo privado». *II Congreso La familia en la sociedad del siglo XXI. Libro de ponencias* (pp.109-116).Madrid: FAD.

Becoña, E. (2002). Bases científicas de la Prevención de drogodependencias. Madrid: Plan Nacional sobre Drogas.

Becoña, E. (1999). Bases teóricas que sustentan los programas de prevención de drogas. Madrid: Plan Nacional sobre Drogas.

Boqué, M. C. (2003). Cultura de mediación y cambio social. Barcelona: Gedisa.

Boqué, M. C. (2002). Guía de mediación escolar. Programa comprensivo de actividades (6 a 16 años). Barcelona: Octaedro.

Buelga, S. (2007). El empowerment: La potenciación del bienestar desde la psicología comunitaria. En M. Gil(Dir), psicología social y bienestar: una aproximación interdisciplinar(pp.154-173). Universidad de Zaragoza.

Burton, J.(1990). *Conflict: Resolution and Provention*. Nueva York, St. Martin's Press, Inc. En Farré, S. (2004). Gestión de conflictos: taller de mediación. Un enfoque Socioafectivo. Barcelona: Ariel.

Csikszentmihalyi, M. (1998). Creatividad. El fluir y la psicología del descubrimiento y la invención. Barcelona: Paidós.

Diez, F. y Tapia, G. Herramientas para trabajar en mediación. Buenos Aires: Paidós.

Farré, S. (2004). Gestión de conflictos: taller de mediación. Un enfoque socioafectivo. Barcelona: Ariel.

García, J. A. y López, C. (Editores) (1998). Nuevas aportaciones a la prevención de las drogodependencias. Madrid: Síntesis.

Lederach, J. P. (2000). El abecé de la paz y los conflictos. Madrid: Los libros de la catarata.

Megías, E.; Elzo, J.; Rodríguez, E.; Navarro, J.; Megías, I. y Menéndez, S. (2002). *Hijos y padres: Comunicación y conflictos*. Madrid: FAD.

Megías, E. (Dir.) (2001). Valores sociales y drogas. Madrid: FAD.



Miranda, A. (2004). «Estilos educativos en la familia: su influencia en el desarrollo sociopersonal». *II Congreso La familia en la sociedad del siglo XXI. Libro de ponencias* (pp.369-380). Madrid: FAD.

Musitu G, Buelga S, Lila M, Cava MJ. Familia y adolescencia. Madrid: Síntesis, 2001.

Musitu, G., y Cava, M.J. (2003). El rol del apoyo social en el ajuste de los adolescentes. *Intervención Psicosocial*, 12(2), 179-192.

Powell, T. J. Working with self-help. Silver Spring MD: National Association of Social Workers. En Buelga...

Puig, G. y Rubio, JL. (2009). «Introducción a la resiliencia. La resiliencia o cómo pensar en positivo». XI Jornadas Menores, drogas y sociedad. Monográfico (pp.19-21). Madrid: Revista de la asociación Proyecto Hombre.

Sánchez Vidal, A. (2007). Manual de Psicología comunitaria. Madrid: Pirámide.

Vinyamata, E. (2001). Conflictología. Teoría y práctica en resolución de conflictos. Barcelona: Ariel Practicum.

Vinyamata, E. (2006). Aprender mediación. Barcelona: Paidós.

Pedro Caurín Lozano

Educador Familiar y Mediador de la Fundación CSZ-Proyecto Hombre



Volver al programa